

Acosta Peñaloza, Carmen Elisa. *El imaginario de la conquista: Felipe Pérez y la novela histórica*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002. 107 págs.

Dentro de los diferentes conflictos políticos, sociales, económicos y culturales que se presentaron en la sociedad colombiana de mediados del siglo XIX, una problemática que preocupó en gran medida a los intelectuales de la época fue la configuración del “espíritu nacional”, la cual estuvo mediada por la actitud que se asumió ante la herencia española. Esta actitud no fue unificada, puesto que cada partido político se apropió del pasado según sus propios intereses. Mientras el partido conservador propendía por la conservación de la tradición española y la prolongación de las instituciones culturales sostenidas en la religión católica, el partido liberal propuso romper con esa tradición, impulsando el cambio y tomando como principios rectores las ideas políticas, económicas y culturales provenientes de Inglaterra y Francia.

La profesora Carmen Elisa Acosta plantea que, en este contexto, la literatura cumple una función social, en la medida en que se convirtió en un elemento fundamental para la formación y consolidación de la nacionalidad. Con el propósito de probar esta hipótesis, desarrolla el análisis de cuatro novelas del escritor neogranadino Felipe Pérez: *Atabualpa* (1856), *Los Pizarros* (1857), *Jilma* (1858) y *Huayna Capac* (1876).

En el prólogo del libro la autora nos introduce en el contexto de Felipe Pérez, a la vez que presenta una breve pero precisa biografía con la que permite un acercamiento a las ideas del escritor neogranadino. Esta aproximación se hace necesaria, según Acosta, para que el lector evidencie las múltiples facetas del autor, quien posee las características propias del intelectual decimonónico ya que relaciona la vida política con la escritura y la educación.

De la misma forma, la autora hace referencia a los rasgos particulares de la literatura de la época, señalando que los escritores hispanoamericanos se apropian y adecuan las características del romanticismo a sus necesidades; aludiendo a los planteamientos de Ángel Rama, Acosta afirma que la “independencia, la originalidad y la representatividad fueron los tres elementos que condujeron la literatura romántica latinoamericana” (16) y, a partir de estos tres elementos, “la literatura se convirtió en uno de los instrumentos

más apropiados para fraguar la nacionalidad” (16). Igualmente se hace referencia a la relación que se estableció entre el romanticismo y la novela histórica, entre los que se evidencian vínculos estrechos.

En la primera parte intitulada “Temporalidad histórica en el tiempo de las novelas”, se muestra que, a partir de la conciencia histórica de la diferenciación entre el pasado y el presente, junto con la “conciencia literaria de la existencia de diversos tiempos y espacios y las diferencias que marcaron las relaciones entre el presente y el pasado se construyeron las diversas versiones acerca de ese pasado” (22). Una de esas versiones fue realizada a través de un género literario, la novela, a partir del cual se intentó configurar una realidad diferente a la versión construida por la historia. En ese sentido nos dice la autora: “Felipe Pérez encontró en su presente la necesidad de novelar el pasado de la conquista del Perú, escribiendo cuatro obras, que de manera continua pero independiente narraron cuatro temporalidades: *Huayna Capac* (1856), el período del poderoso imperio Inca; *Atahualpa* (1856), la época de la división del imperio; *Los Pizarros* (1857), el proceso de conquista y sometimiento del imperio Inca por parte de los españoles, y *Jilma* (1858), la nueva división del territorio y muerte de la última descendiente de los incas y del último conquistador español Gonzalo Pizarro” (22).

Para introducirnos en el estudio de estas cuatro obras la autora se plantea tres interrogantes: ¿por qué Felipe Pérez consideró que la historia de la conquista era apta para ser novelada?, ¿cómo se establecieron las relaciones entre el tiempo y el espacio para formular cierto tipo de personajes? y ¿cómo Felipe Pérez concibió la función de la literatura ante la veracidad de la historia a partir de la conciencia de la escritura de la novela?

Las obras de Felipe Pérez dan cuenta de cuatro períodos (dos de los cuales representan el imperio incaico y otros dos que muestran el proceso de conquista española) que se estructuran a partir de una tensión constante evidenciada en la posesión del territorio. Y, además, estos libros se establecen como “textos nuevos” debido a que, según lo expresado por la autora, Felipe Pérez “no sólo formuló en su obra la constante confrontación con los trabajos escritos en la Colonia y a principios del siglo sobre el pasado de la conquista del Perú, sino que además construyó en el texto un imaginario sobre la percepción del pasado, conformado por lo histórico y sus desplazamientos y transformaciones generadas en la escritura de lo novelesco” (24).

El móvil principal de las obras de Felipe Pérez fue la conquista del tiempo y del espacio y, “entonces puede plantearse que existe en estas obras la posibilidad de la construcción de mapas espacio-temporales, que en últimas tienden a fusionarse” (30), ya que, por un lado el autor presenta el espacio de España con todas sus características y, por otro, muestra de la misma forma las peculiaridades del paisaje americano. Se plantea que esta estrategia narrativa utilizada por el autor tiene como intención neutralizar las diferencias entre uno y otro espacio, poniéndolos en igualdad de condiciones. De la misma forma, un elemento “inaugural” de las obras de Felipe Pérez es la descripción minuciosa de la riqueza natural del mundo americano, ya que por medio de ésta se respondía a la “necesidad de los americanos de reconocer su entorno” (32).

Dentro de las características propias de la escritura de Felipe Pérez, la oralidad y la escritura se destacan como los fundamentos de sus obras; la primera en el sentido en que las historias relatadas pertenecían a una tradición; y la segunda, en cuanto el autor no sólo transformó la extensión de los relatos, sino también las propias historias, el ambiente, los motivos, etc., en un intento por modificar los hechos del pasado por medio de la ficción. Las obras de Felipe Pérez se desarrollan entonces a partir de dos planos: uno otorgado por la historia, que es utilizado como escenario, y otro, constituido por la acción que desarrollaron los personajes en dicho escenario.

La autora destaca estas y otras características como “intentos de neutralizar las dos tradiciones culturales, la española y la indígena, en un afán por ubicarse el autor-narrador en ambos mundos. Exaltó el mundo americano anterior a la conquista y, simultáneamente, asumió su pasado como perteneciente a la tradición española” (37). De manera correlativa, este intento de neutralización le permitió a Felipe Pérez “presentar al lector la tradición de dos mundos perdidos por el paso del tiempo” (38).

Una temática constante que se evidencia en las cuatro obras y que sirvió de recurso argumental es la “traición”; ésta y “los personajes con máscara” (como los denomina la autora), pertenecieron tanto al mundo español como al americano y, de la misma forma, estos dos pueblos comparten pretensiones de conquista territorial.

La primera parte se cierra con las características otorgadas a la construcción del héroe. Felipe Pérez comparte los presupuestos que habían sido presentados por Gyorgy Lukács con relación a la concepción romántica de la novela histórica, a través de la cual “las

grandes figuras de la historia han de suministrar los protagonistas de las obras” (46). De esta manera “la concepción de tiempo, la temporalidad histórica en el tiempo de las novelas estuvo, entonces, determinada por los desplazamientos en el tiempo y el espacio, su conquista y la relación del héroe con la máscara. Felipe Pérez logró así construir un mundo en el que dio vida a unos personajes que formaron parte de la memoria histórica de sus lectores” (50).

En la segunda parte denominada “La novela histórica en su diálogo con otros discursos”, la autora plantea cómo cada discurso se definió a partir de su relación con los otros, y que por ende la novela histórica dialogó con los discursos sobre lo literario y con los discursos historiográficos. Aquí nuevamente la autora asume su investigación a partir de una serie de interrogantes a los que se propone dar respuesta en este apartado, sucintamente enunciados tales son: ¿cómo se concibieron la novela histórica y las diversas relaciones que lo literario estableció con el pasado?, ¿cómo se dieron la caracterización externa del género por medio de otros discursos y su relación con las propuestas de la historia? y ¿cómo estas relaciones pudieron afectar el imaginario sobre el pasado?

Como hemos mencionado, para los intelectuales de mediados del siglo XIX la mirada hacia el pasado se convirtió en un elemento fundamental para construir la idea de lo nacional. Por esta razón, la novela histórica se constituyó en el género que permitió dicha revisión del pasado, ya que no tomaba parte de manera directa en la lucha política; no obstante, la literatura se atribuyó un papel social al participar de una “posible clarificación del conflicto”. Por tal motivo, en los periódicos de la época se publicaron una serie de artículos que validaron la necesidad de elaborar miradas sobre el pasado, bien sea desde la historia o desde la literatura. Igualmente, en este apartado se muestra la participación de Felipe Pérez en dicha polémica y las ideas que compartía con sus contemporáneos en relación a la novela histórica.

Recurrir a la literatura para validar un pasado propio fue uno de los propósitos de Felipe Pérez y de sus contemporáneos, para quienes “el conflicto estuvo dado entre la necesidad de presentar la autonomía ante dicha tradición (la española) en lo que competía a la diferencia nacional, espacial e histórica y la necesidad de demostrar ante los propios europeos que negaban la existencia de dicha literatura, la pertenencia a la tradición que exigía la participación de la lengua española” (56). De la misma forma, Felipe Pérez participó de

las ideas liberales sobre lo popular, al otorgarle a la novela la posibilidad de transformar la sociedad y de llegar a los hogares con “ánimo de educar e instruir a jóvenes, niños y mujeres”. Por lo tanto, “además de una tradición, la novela histórica contribuyó a consolidar lo nacional desde su carácter social, que estuvo determinado, de un lado, por el romanticismo encargado de expresar las características particulares de las sociedades modernas, y por otro lado, por su interés en la instrucción y la aproximación del pasado a lo popular” (62).

La otra “cara” de la preocupación por el pasado estuvo dada por la historiografía. En tal sentido, se manifiesta un desarrollo narrativo paralelo tanto de la historia como de la novela, de manera que se hace necesario “detenerse en las convenciones que conformaban la escritura de la historia”.

Según lo planteado por la autora, en Colombia se dan dos miradas sobre el pasado: por un lado, se reconstruye el pasado de la Colonia, ubicando allí los orígenes de la nación y, por otro, a partir del conocimiento de dicho pasado, superarlo en la escritura de la historia a través de la ruptura generada por el proceso de independencia. Estas dos miradas, expone la autora, se enfrentaron a la difícil tarea de “crear un efecto de realidad”, de tal manera que “los conservadores en la primera mirada y los liberales desde la segunda señalaron su posición ante el pasado para afianzar sus intereses sobre el presente” (64). Es interesante observar aquí cómo la autora otorga ejemplos clarificadores de las dos posiciones adoptadas por los intelectuales del siglo XIX: hace alusión a las obras y escritores tanto conservadores como liberales, señalando los elementos en los que difieren, y ubica a Felipe Pérez como portador de las ideas liberales, lo cual explica que sus textos posean ciertas características peculiares.

En la tercera parte, intitulada “Absorción del discurso de la historia”, el análisis gira alrededor de los textos con los que Felipe Pérez dialogó y estableció una relación de intertextualidad. Aquí la autora plantea una diferenciación entre los textos sobre la “escritura del pasado colonial” y los textos “sobre el pasado de la conquista”. Con relación a los primeros, se menciona que estos escritos constituyeron el “material histórico que permitió la permanencia de determinadas relaciones sociales; no lo individual conformado por asesinatos y hechos de magia que servían como estrategia narrativa y de seducción para el lector, sino, lo que aparentemente era contradic-

torio, las diferentes relaciones que hacían que permaneciera el sentido de lo colectivo” (72).

En cuanto hace a la escritura sobre la Conquista, la autora establece nuevamente una división: de un lado presenta los textos de las crónicas de Indias y de otro los textos de la tradición española. Al respecto propone que, del hecho de que se tomen ciertos textos como “fuentes” de las obras del escritor neogranadino no se desprende, en ningún caso, la pretensión de establecerlas como verdaderas o directas sino de “inferir el entretejido y la significación que adquirieron dichos textos en las obras de Felipe Pérez” (76). Por lo tanto, el estudio gira aquí en torno a las características de esas obras y a la manera como se hacen presentes en las novelas del escritor en mención.

Felipe Pérez, en su intento de construcción de una versión del pasado y, además, de introducir dicha versión en un contexto más amplio, no desdeña tampoco las fuentes contemporáneas y pertenecientes a otras tradiciones como la europea y la norteamericana: hace uso entonces de las obras de autores como William Prescott y Florencio O’Leary. El uso de estas “fuentes” históricas trae consigo una característica especial debido a que no se utilizan en los momentos de mayor tensión dramática, sino que hacen parte de la construcción “del mundo cotidiano”.

Felipe Pérez, al construir su versión del pasado por medio de la utilización de otros discursos, genera a su vez una trasgresión de los mismos. En particular, el autor pone en discusión el papel jugado por la Iglesia; ésta se constituyó como un factor diferenciador entre los dos mundos. La autora destaca el papel crítico que asume el escritor neogranadino ante la institución de la Iglesia, al concebirla como el instrumento por medio del cual España destruyó los valores del mundo americano. No obstante, esta crítica no fue un cuestionamiento al catolicismo, sino que su actitud fue anticlerical, ya que el catolicismo fue aceptado por los liberales gólgotas como “la religión de los oprimidos”.

En el “cierre” del texto, la autora condensa sus ideas y presenta una referencia directa a la manera como el autor neogranadino crea una versión del pasado, por medio de la utilización de la novela histórica que permite consolidar su posición en el presente. Para Felipe Pérez “la novela proporcionó, al menos desde su intención una manera de imaginar las naciones y tuvo el potencial de transformar la realidad, imprimiéndole su propia imagen”, ya que este au-

tor “desde la concepción de la élite liberal, consideró la literatura como labor indispensable para el desarrollo de la nacionalidad, y en esta perspectiva su extensa producción sobre el pasado indígena y de conquista fue una proyección política de la literatura y por lo tanto un intento por influir en la sociedad neogranadina” (10).

De esta forma, la autora demuestra cómo las cuatro obras objeto de este estudio fueron producto de unas características propias del contexto en el que se desarrolló la vida del autor y que, además, éstas hacen parte de la necesidad de construir y consolidar una visión sobre el pasado que, en el caso de Felipe Pérez, estuvo mediada por su visión del presente. El texto presentado aquí de manera sucinta, se constituye entonces en un valioso aporte, no sólo para el estudioso de la literatura colombiana, sino también para el historiador, ya que la autora hace confluír ambos discursos, de tal manera que genera un diálogo de saberes y crea una obra interdisciplinaria.

Universidad Nacional de Colombia

Isabel Ramírez Martín

Zavala, Iris M. *El rapto de América y el síntoma de la modernidad*. Barcelona: Montesinos, 2001. 296 págs.

En 1888 el poeta nicaragüense Rubén Darío da nombre a una postura poética y vital, surgida en las entrañas de la naciente vida urbana latinoamericana. Modernista dio por llamarse la literatura que aspiraba a ser universal y cosmopolita, en vez de americana o europea; aquella que renovó la lengua castellana con variedad de aciertos formales, mientras miraba al viejo mundo y se nutría de las enseñanzas del verso simbolista. Al norte, más cerca geográficamente, pero extraña culturalmente, aparecía la nación estadounidense: símbolo doble del anhelado progreso moderno y latente presentación de los malestares de un gobierno de tendencia imperialista. En medio de esa época moderna surge un movimiento literario llamado modernismo, precisamente en aquellos lugares donde la modernidad era, para algunos, apenas un deseo o, por el contrario, una imagen de la cual se debía desconfiar. Las ideas de grandes figuras que ayudaron a configurar la idea de lo moderno, que de él participaron, o surgieron como producto suyo, se mueven a través de una misma atmósfera. Marx, Nietzsche, Heidegger, Freud, Baudelaire,